

PROPAGACION DE LAS ONDAS LINGÜISTICAS

§ 1. LA FUERZA DE INTERCOURSE* Y EL ESPÍRITU DE CAMPANARIO

La propagación de los hechos de lengua está sometida a las mismas leyes que cualquier otra costumbre, la moda por ejemplo. En toda masa humana actúan sin cesar simultáneamente y en sentidos contrarios dos fuerzas: por un lado, el espíritu particularista, el «espíritu de campanario»; por otro, la fuerza de «intercourse», que crea las comunicaciones entre los hombres.

Es por el espíritu localista por lo que una comunidad lingüística restringida permanece fiel a las tradiciones que se han desarrollado en su seno. Estos hábitos son los primeros que cada individuo contrae en su infancia; de ahí su fuerza y su persistencia. Si actuaran solos, en materia de lenguaje crearían particularidades que irían hasta el infinito.

Pero sus efectos son corregidos por la acción de la fuerza opuesta. Si el espíritu de campanario vuelve a los hombres sedentarios, el *intercourse* les obliga a comunicarse entre sí. Es él quien lleva a una aldea a viajeros de otras localidades, quien desplaza

una parte de la población con ocasión de una fiesta o de una feria, quien reúne bajo las banderas hombres de provincias diversas, etc. En una palabra, es un principio unificador, que se opone a la acción disolvente del espíritu de campanario.

Al *intercourse* se debe la extensión y cohesión de la lengua. Actúa de dos maneras: una, negativamente: previene la parcelación dialectal ahogando una innovación en el momento en que surge en un punto; otra, positivamente: favorece la unidad aceptando y propagando esa innovación. Es esta segunda forma del *intercourse* lo que justifica la palabra *onda* para designar los límites geográficos de un hecho dialectal (véase página 268); la línea isoglosemática es como el borde extremo de una inundación que se expande y que por eso puede refluir.

A veces comprobamos con sorpresa que dos modos de hablar de una misma lengua, en regiones muy alejadas entre sí, tienen un carácter lingüístico en común; es que el cambio surgido al principio en un lugar del territorio no ha encontrado obstáculo a su propagación y se ha difundido paso a paso a mucha distancia de su punto de partida. Nada se opone a la acción del *intercourse* en una masa lingüística donde no existen más que transiciones insensibles.

Esta generalización de un hecho particular, cualesquiera que sean sus límites, exige tiempo, y este tiempo puede a veces medirse. Así la transformación de *þ* en *d*, que el *intercourse* difundió en toda la Alemania continental, se propagó primero por el sur, entre 800 y 850, salvo en fránico, donde *þ* persiste bajo la forma suave [sonora] *ð* y sólo más tarde cede el paso a *d*. El cambio de *t* en *z* (pron. *ts*) se produjo en límites más restringidos y comenzó en una época anterior a los primeros documentos escritos: debió partir de los Alpes hacia el año 600 y extenderse a la vez por el norte y por el sur, en Lombardía. La *t* se lee aún en una *carta* turingia del siglo VIII. En época más reciente, las *ī* y las *ū* germánicas se han vuelto diptongos (cf. *mein* por *mīn*, *braun* por *brūn*); el fenómeno, que partió de Bohemia hacia 1400, ha necesitado 300 años para llegar al Rhin y cubrir su actual área.

Estos hechos lingüísticos se han propagado por contagio, y es probable que así sea también con todas las ondas; parten de un punto, irradian. Esto nos lleva a una segunda observación importante.

Hemos visto que el factor tiempo basta para explicar la diversi-

* Hemos creído poder conservar esta pintoresca expresión del autor, aunque esté tomada del inglés (*intercourse*, pronunciado *interkors*, «relaciones sociales, comercio, comunicación»), y que se justifica menos en la exposición teórica como en la explicación oral. (Ed.) [Siguiendo este respeto por el pintoresquismo hemos traducido textualmente «esprit de clocher», que ocasionalmente se emplea en castellano; su sentido es «localista, espíritu localista, exclusivista, cerrado, mentalidad pueblerina».]

dad geográfica. Pero este principio sólo se verifica enteramente si se considera el lugar donde ha nacido la innovación.

Volvamos al ejemplo de la mutación consonántica alemana. Si un fenómeno *t* se vuelve *ts* en un punto del territorio germánico, el nuevo sonido tiende a irradiar en torno a su punto de origen, y es a través de esta propagación especial como entra en lucha con la *t* primitiva o con otros sonidos que han podido surgir en otros puntos. En el lugar donde nace una innovación de este género es un hecho fonético puro; pero en otros lugares sólo se establece geográficamente y por contagio. Así, el esquema

t
↓
ts

no es válido en toda su simplicidad más que en el foco de innovación; aplicado a la propagación, daría una imagen inexacta.

El fonético distinguirá pues cuidadosamente los focos de innovación, donde un fenómeno evoluciona únicamente en el eje del tiempo, y las áreas de contagio, que derivando a la vez del tiempo y del espacio no podrían intervenir en la teoría de los hechos fonéticos puros. En el momento en que un *ts* venido de fuera substituye a *t*, no se trata de la modificación de un prototipo tradicional, sino de la imitación de una forma de hablar vecina, sin relación con ese prototipo; cuando una forma *herza*, «corazón», venida de los Alpes, reemplaza en Turingia a una forma más arcaica *herta*, no hay que hablar de cambio fonético, sino de préstamo de fonema⁸⁰.

§ 2. LAS DOS FUERZAS REDUCIDAS A UN PRINCIPIO ÚNICO

En un punto dado del territorio —entendemos por territorio una superficie mínima asimilable a un punto (véase página 267), una aldea, por ejemplo— es muy fácil distinguir lo que deriva de

cada una de las fuerzas en presencia, el espíritu de campanario y el *intercourse*; un hecho no puede depender más que de una con exclusión de la otra; todo carácter común con otra forma de hablar deriva del *intercourse*; todo carácter que no pertenece más que a la forma de hablar del punto considerado se debe a la fuerza de campanario.

Pero cuando se trata de una superficie, de un cantón, por ejemplo, surge una dificultad nueva; ya no se puede decir a cuál de los dos factores se refiere un fenómeno dado; los dos, aunque opuestos, están implicados en cada carácter del idioma. Lo que es diferenciador para un cantón A es común a todas sus partes; allí es la fuerza particularista la que actúa, puesto que prohíbe en ese cantón imitar algo del cantón vecino B y a la inversa, prohíbe a B imitar a A. Pero la fuerza unificadora, es decir, el *intercourse*, está también en juego, porque se manifiesta entre las diferentes partes de A (A^1 , A^2 , A^3 , etc.). Así, en el caso de una superficie, las dos fuerzas actúan simultáneamente, aunque en proporciones diversas. Cuanto más favorece el *intercourse* una innovación, más amplía su área; en cuanto al espíritu de campanario, su acción consiste en mantener un hecho lingüístico en los límites que ha adquirido, defendiéndolo contra los competidores de fuera. Es imposible prever lo que resultará de la acción de estas dos fuerzas. Hemos visto en la página 273 que en el dominio del germánico, que va de los Alpes hasta el mar del Norte, el paso de *p* a *d* ha sido general, mientras que el cambio de *ts* (*z*) no alcanza más que al sur; el espíritu de campanario ha creado una oposición entre el sur y el norte; pero en el interior de estos límites, gracias al *intercourse*, hay solidaridad lingüística. Así, en principio no hay diferencia fundamental entre este segundo fenómeno y el primero. Están en presencia las mismas fuerzas; sólo varía la intensidad de su acción.

Esto significa que prácticamente, en el estudio de las evoluciones lingüísticas producidas sobre una superficie, puede hacerse abstracción de la fuerza particularista, o lo que es lo mismo, considerarla como el aspecto negativo de la fuerza unificadora. Si ésta es lo suficientemente poderosa, establecerá la unidad en toda la superficie; en caso contrario el fenómeno se detendrá en camino, cubriendo sólo una parte del territorio; este área restringida no por ello dejará de representar un todo coherente en relación a sus propias partes. Por eso se puede reducir todo únicamente a la fuerza unificadora sin hacer intervenir el espíritu de campanario,

⁸⁰ En las fuentes manuscritas, donde aquí dice «préstamo de fonema» sólo se indica «préstamo».

por no ser éste otra cosa que la fuerza de *intercourse* propia de cada región.

§ 3. LA DIFERENCIACIÓN LINGÜÍSTICA EN LOS TERRITORIOS SEPARADOS

Cuando nos demos cuenta de que en una masa unilingüe la cohesión varía según los fenómenos, de que no todas las innovaciones se generalizan, de que la continuidad geográfica no impide perpetuas diferenciaciones, sólo entonces podremos abordar el caso de una lengua que se desarrolla paralelamente en dos territorios separados.

Este fenómeno es muy frecuente: así, desde el instante en que el germánico penetró desde el continente en las Islas Británicas su evolución se desdobló; de un lado, los dialectos alemanes; del otro, el anglo-sajón, de donde salió el inglés. Puede citarse además el francés transplantado al Canadá. La discontinuidad no es siempre efecto de la colonización o de la conquista; también puede producirse por aislamiento: el rumano perdió el contacto con la masa latina debido a la interposición de las poblaciones eslavas. Por otro lado, la causa importa poco; la cuestión primordial es saber si la separación juega un papel en la historia de las lenguas y si produce efectos distintos a los que aparecen en la continuidad.

Antes, y para separar mejor la acción preponderante del factor tiempo, hemos imaginado un idioma que se desarrolle paralelamente en dos puntos sin extensión apreciable, por ejemplo, dos pequeñas islas, donde puede hacerse abstracción de la propagación paso a paso. Pero cuando nos situamos en dos territorios de cierta superficie, este fenómeno reaparece y lleva a diferencias dialectales, de suerte que el problema no resulta simplificado en ningún grado debido a la discontinuidad de los dominios. Hay que guardarse de atribuir a la separación lo que puede explicarse sin ella.

Es el error que cometieron los primeros estudiosos del indoeuropeo (véase página 24). Situados ante una gran familia de lenguas que se habían vuelto muy diferentes unas de otras, no pensaron que eso pudiera haberse producido de otro modo que por fraccionamiento geográfico. La imaginación se representa más

fácilmente lenguas distintas en lugares separados, y para un observador superficial ésa es la explicación necesaria y suficiente de la diferenciación. Pero esto no es todo: se asociaba la noción de lengua a la de nacionalidad, y ésta explicaba aquélla; así imaginaban a los eslavos, a los germanos, a los celtas, etc., como otros tantos enjambres salidos de una misma colmena; estas poblaciones, separadas por migración de la cepa primitiva, habrían llevado consigo el indoeuropeo común a otros tantos territorios diferentes.

Sólo muy tarde se dieron cuenta de este error: sólo en 1877⁸¹, una obra de Johannes Schmidt : *Die Verwandtschaftsverhältnisse der Indogermanen*, abrió los ojos de los lingüistas inaugurando la teoría de la continuidad o de las ondas (*Wellentheorie*). Comprendieron que el fraccionamiento en el lugar basta para explicar las relaciones recíprocas entre las lenguas indoeuropeas, sin que sea preciso admitir que los diversos pueblos hubieran abandonado sus posiciones respectivas (véase página 270); las diferenciaciones dialectales pudieron y debieron producirse antes de que las naciones se hubieran diseminado en direcciones divergentes. Así, la teoría de las ondas no sólo nos da una visión más justa de la prehistoria del indoeuropeo; nos ilustra sobre las leyes primordiales de todos los fenómenos de diferenciación y sobre las condiciones que rigen el parentesco de las lenguas.

Pero esta teoría de las ondas se opone a la de las migraciones sin excluirla necesariamente. La historia de las lenguas indoeuropeas nos ofrece muchos ejemplos de pueblos que se separaron de la gran familia por desplazamiento, y esta circunstancia debió tener efectos especiales; sólo que estos efectos se añaden a los de la diferenciación en la continuidad; es muy difícil decir en qué consiste, y esto nos lleva al problema de la evolución de un idioma en territorios separados.

Tomemos el antiguo inglés. Se separó del tronco germánico a raíz de una migración. Es probable que no tuviera su forma actual si en el siglo V los sajones se hubieran quedado en el continente. Pero ¿cuáles fueron los efectos específicos de la separación? Para juzgar sobre ellos, habría que preguntarse primero si tal o cual cambio no habría podido nacer igualmente en la continuidad geográfica. Supongamos que los ingleses hubiesen ocupado Jutlandia

⁸¹ Hay un error en Saussure respecto a la fecha de edición del libro de Schmidt, que apareció en 1872.

en lugar de las Islas Británicas; ¿puede afirmarse que alguno de los hechos atribuidos a la separación absoluta no se habría producido en la hipótesis del territorio contiguo? Cuando se dice que la discontinuidad ha permitido al inglés conservar la antigua *þ*, mientras ese sonido se convertía en *d* en todo el continente (ejemplo : inglés *thing* y alemán *Ding*), es como si se pretendiera que en germánico continental ese cambio se generalizó gracias a la continuidad geográfica, mientras que esa generalización habría podido fracasar perfectamente a pesar de la continuidad. Como siempre, el error procede de que se opone el dialecto aislado a los dialectos continuos. Ahora bien, de hecho, nada prueba que una colonia inglesa supuestamente establecida en Jutlandia hubiera sufrido necesariamente el contagio de la *d*. Hemos visto, por ejemplo, que en el dominio lingüístico francés *k* (+ *a*) ha subsistido en un ángulo formado por la Picardía y Normandía, mientras en todas las demás partes se cambiaba en la chicheante *ʃ* (*ch*). Así, la explicación por aislamiento sigue siendo insuficiente y superficial. Nunca es necesario apelar a ella para explicar una diferenciación; lo que el aislamiento puede hacer, la continuidad geográfica lo hace perfectamente; si hay una diferencia entre estos dos órdenes de fenómenos, no podemos captarla.

Sin embargo, al considerar dos idiomas parientes, no bajo el aspecto negativo de su diferenciación, sino bajo el aspecto positivo de su solidaridad, se comprueba que en el aislamiento toda relación queda virtualmente rota a partir del momento de la separación, mientras que en la continuidad geográfica subsiste cierta solidaridad, incluso entre modos de hablar diferentes, con tal que estén unidos por dialectos intermedios.

Por eso, para apreciar los grados de parentesco entre las lenguas, hay que hacer una distinción rigurosa entre la continuidad y el aislamiento. En este último caso los dos idiomas conservan de su pasado común cierto número de rasgos que atestiguan su parentesco, pero como cada uno de ellos ha evolucionado de manera independiente, los caracteres nuevos surgidos por un lado no podrán encontrarse en el otro, (a reserva del caso en que ciertos caracteres nacidos después de la separación resulten por casualidad idénticos en los dos idiomas). Lo que en cualquier caso hay que excluir es la comunicación de esos caracteres por contagio. En líneas generales, una lengua que ha evolucionado en la discontinuidad geográfica presenta respecto a las lenguas parientes un

conjunto de rasgos que sólo a ella pertenecen, y cuando a su vez esa lengua se fracciona, los diversos dialectos que salen de ella atestiguan por rasgos comunes el parentesco más estrecho que los une entre sí con exclusión de los dialectos del otro territorio. Forman realmente una rama distinta separada del tronco.

Completamente distintas son las relaciones entre lenguas en un territorio continuo; los rasgos comunes que presentan no son obligatoriamente más antiguos que los rasgos que los diversifican; en efecto, en todo momento una innovación que ha partido de un punto cualquiera ha podido generalizarse y abarcar incluso la totalidad del territorio. Además, puesto que las áreas de innovación varían de extensión de un caso al otro, dos idiomas vecinos pueden tener una particularidad común sin formar un grupo aparte en el conjunto, y cada uno de ellos puede estar vinculado a los idiomas contiguos por otros caracteres, como muestran las lenguas indoeuropeas.